



Don Pedro de Alvarado.

Don Juan de Bobadilla, Comisario de Indias, y Capitanes de la Armada, Guatemala, Cantiller de la real Audiencia de las Reynas, Tesorero de las Indias de esta S^a India, Metropolitana, y Alcalde ordinario de primer voto en el año de 1519, de la ca. y contra el M^o y Leal Ayuntamiento para perpetua memoria de los Indios de primer Gobernador y Comisario de este Reyno el M^o y S^o D. Pedro de Alvarado y Mejia.

La Mencionada del año de 1556, a nunció el Alcalde D. Carlos A. Mejia, el qual se conuiose este retrato, que se hallaba abandonado y roto, encargándole en trabajo a la Señora D^a Beltrana Lazo, a q^a misma Corporacion acordó otorgarle por este servicio, con una medalla de oro.



DON PEDRO DE ALVARADO

Es arrogante y bravo el guerrero español
Que para los aztecas fué la imagen del sol:

Con su gentil figura, con su labio altanero,
Muestra un bizarro y noble tipo de aventurero;

Su barba y sus cabellos son rubios, y á pesar
De esa color, heraldo de su blasón solar,

Es demoniaco el bello caudillo Tonatiú,
Pues tiene la soberbia beldad de Belcebú.

Ya con la artera astucia de la serpiente mira,
Ya su orgullosa frente se nubla con la ira,

Y entonces —él conoce lo que es su corazón—
Comete desafueros y ultraja la razón;

Embiste con arrojo y acecha con recelo,
Es un príncipe como los quiere Maquiavelo.

Luce en el cinto pomo de daga traicionera,
Y bajo sus arreos de gala, y su ligera

Malla, se esconden formas esbeltas y viriles,
Pues lucha como Hércules y salta como Aquiles;

Su pecho, inquebrantable cual las corazas duras,
Arde en perenne anhelo de gloria, de aventuras,

De satrapesco lujo, de alhajas deslumbrantes.
Fascinadores naipes y lúbricas amantes,

Y así en el mar las velas, en su iracunda vista
Veloces atraviesan afanes de conquista.

A impulsos de la fiebre que le hinca su acicate
Ya sueña en Atahualpas que entreguen en rescate

Riquezas de que traiga cargado su bajel;
Ya locos pensamientos le vienen en tropel

De las esplendorosas ciudades de Cibola
Y de Quiviria, extraño país en que por sola

Materia el oro existe; ó de Cathay remoto
Y de Cipango rico busca el camino ignoto,

O va en pos de las Indias, que oculta el mar inmenso,
Donde el marfil abunda y el oloroso incienso,

Tornasolados chales, ligeros como tela
De araña, y perfumadas virutas de canela.

No hay brida á los arranques ni vallas al denuedo
De aquel audaz caudillo sin lástima ni miedo;

De aquel aventurero sin compasión ni ley
Que infringe los mandatos que vienen de su Rey,

Que á su voraz codicia no conociendo diques
Les rasga las narices á atónitos caciques

Por un pendiente de oro, y en sus arrestos crueles,
Tras los inermes indios azuza sus lebreles.

Soldado sin entrañas, ni indulta ni perdona,
Pero si fué más duro que su misma tizona,

En toda su existencia fulgura el resplandor
De una divina estrella, la estrella del valor,

Y viendo de la muerte venir la hora suprema
Lanza un destello, digno de la más pura gema:

Debátese en el lecho pronto á rendir la vida,
Y como le interrogue con habla conmovida

Un capitán, «¿Qué os duele, Señor Adelantado?»
No es en la herida espalda y el cuerpo lastimado

Donde el dolor sus golpes con impiedad le asesta,
Porque entre tristes ayes, «el alma» le contesta.

Quizás en ese instante postrero lo acongoja
El no morir el pecho pasado por la hoja

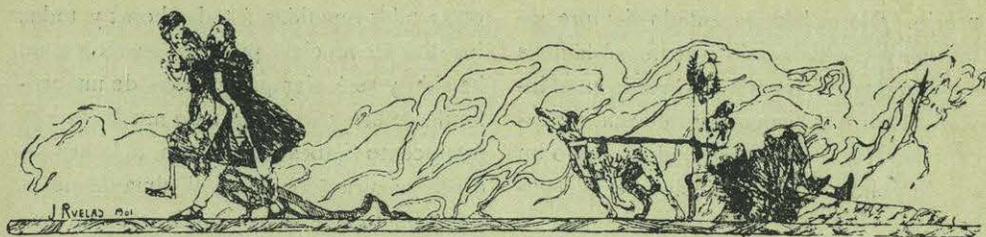
De noble espada; acaso cruzar enfrente mira
Las víctimas dolientes segadas por su ira;

Tal vez al contemplarse maltrecho é impotente
Para cubrir con nuevos lauros su altiva frente

Y conquistar más tierras con su invencible arrojo,
Del punzador despecho siente el agudo abrojo;

Quién sabe, mas los siglos no apagan el acento
De ese profundo grito de humano sufrimiento.

EFRÉN REBOLLEDO.



LAS HEROINAS

DE

LA BELLA NOVELA REALISTA

I

La hermana San Sulpicio

Todos hemos conocido en nuestra clara calle, en nuestra pequeña ciudad, á estas simpáticas heroínas de novela realista que, no por ser arrancadas á la agitación de la vida vivida, son menos interesantes y sublimes que las fulgentes heroínas del romanticismo, vueltas de espaldas á la vida, siempre en éxtasis, arrobamientos y delirios; frenéticas, ultrahumanas, pisando sobre nubes vaporosas y rodeadas de aureolas de luz. . . . Estas otras, por el contrario, las vemos tal vez cotidianamente; acaso las hemos tratado; quizás las frecuentamos en visita. . . . Y sin embargo, ¿quién no ha soñado alguna vez con Safo, la amante ideal, con Sor Filomena y, sobre todo, con esa maravillosa Emma Bovary, de la que es digna hermana Luisa, la del *O Primo Basilio*? . . . Yo quiero hablaros ahora un poco de estos conmovedores seres; y porque sería muy dilatado realizar una enumeración de todas las bellas cualidades de estas humildes y

consuetudinarias heroínas novelescas, haré una selección, prefiriendo siempre las de novela española. Hablaré también de alguna novela americana que tiene bellas figuras de mujer representativas: tal la *María* de Isaac y la *Amalia* de Mármol.

* * *

¿Quién no conoce á la hermana San Sulpicio? Todos hemos intimado con ella, si no en el libro del maestro admirable, en la realidad vera y pura, donde alguna vez hemos tropezado con esa morenilla vivaracha y graciosa, más salada que correcta, y menos hermosa que bonita. El autor de *Maximina* nos dice que «era una joven de diez y ocho á veinte años, de regular estatura, rostro ovalado de un moreno pálido, nariz levemente hundida, pero delicada, dientes blancos y apretados, y ojos, como ya he dicho, negros, de un negro intenso, aterciopelado, bordados de largas pestañas y un leve círculo azulado.» Estamos en Marmolejo; en un simpático é insignificante Bal-

neario. ¿No os han encantado siempre estos amores de Balneario, que tienen la bella melancolía de lo pasajero? Cuando en el invierno, entre la bruma y la llovizna, los recordéis, —será en vuestra alma como un sol de Julio sobre las nieblas de Diciembre. . . . Hay en ellos el presentimiento de que son fugitivos y accidentales; esto los hace más gratos á vuestros ojos. Procurad siempre, en cuanto á vuestros recursos alcance, bien á la manera dominadora de Don Juan, ya en el modo humilde de otros insignificantes seres, enamorar niñas bonitas en los balnearios y en las playas, donde vayáis por cuidar de vuestra salud, ó por subvenir á vuestra diversión. . . . Vosotros, pasado Septiembre, os marcharéis quizás á la enorme capital del reino, donde habéis afincado; estas niñas se irán también á sus respectivas provincias —á Burgos, á Valladolid, á Valencia, á Zamora, á Segovia; y vosotros tendréis la complacencia de pensar que tal vez en los fastidiosos domingos de invierno —acaso en los días de pontifical, cuando vayan á la misa mayor de la basílica, —una adolescente rubia ó morena (como vosotros más las améis) á quien conocisteis en una playa del litoral del Norte ó en un establecimiento termal hundido entre montañas, se acuerda con agrado de vosotros, los terribles y fantásticos chicos que estáis estudiando en Madrid. . . .

Las primeras palabras que oímos á la hermana San Sulpicio, son unas palabras vulgares y corrientes. Está tomando agua con sus compañeras; y preguntando el patrón de la fonda si ha bebido ya, ella contesta:

—Lo de siempre, dos deditos. . . .

Y no obstante su insignificancia, ya vemos aquí un poquito de la gracia de la mujer española, y en particular de la mujer andaluza, como más meridional; un poquito de esta «sal y pimienta,» con que Gabriel D'Annunzio resumía el encanto de nuestras compatriotas en una de sus más célebres novelas. —Lo de siempre, dos deditos. . . . ¿Qué os sugiere esta breve frase, si sois soñadores? ¿La simple emisión de voz, al pronunciar, arrastrada y ceceante, esta frase y

otras tales repetidas á todas horas y todos los días en muchos pueblos españoles, no ha sido y será siempre germen de un profundo amor? ¿No ha bastado muchas veces este acento silabeado, mimoso, á la vez picante y azucarado, como el alma de nuestras amadas muchachas españolas, para despertar una entusiasta pasión en todo pecho bien nacido? ¿No os sentisteis emocionados al oír muchas veces estas frases triviales, que producen un efecto sedante y bueno en vuestra alma agitada, al salir de boca de Lola, de Carmen ó de Rosario? . . . ¿Las oísteis acaso en una excursión campestre, ó en una noche de iluminación, ó en una solemnidad popular, sin que vuestra alma quedase turbada? . . .

El buen maestro del humorismo y del sentimiento nos hace ver después, cómo se acercó cortésmente á besar el crucifijo de la monja que ejercía oficios de superiora. «Si ese libro ha de ser un relato ingenuo ó confesión de mi vida —nos dice, con su encantadora ironía, que más bien parece una ternura que una sátira, y un halago que un pinchazo,— debo declarar que al inclinarme para besar el crucifijo de metal, no creo haber obrado solamente por un impulso místico; antes bien, sospecho que los ojos negros de la hermana joven, atentamente posados sobre mí, tuvieron parte activa en ello.» Más tarde, cuando ya la pasión, por la hermana San Sulpicio va cristalizando en el pecho de Ceferino Sanjurjo, viene la descripción —hasta donde cabe en cosas tan indescriptibles como éstas— de su gracia armónica y total, de esa inefable cosa que se llama la gracia, que chispea en los ojos y llamea en las bocas, y da coloración á los semblantes, y hasta una esbeltez y como una lánguida quebradura al contorno de los cuerpos. ¡Esta gracia, que es algo espiritual y ultrasensible, y destella, sin embargo, en lo corporal y en lo físico! ¡Esta gracia que, siendo algo interior, se transmite como una irradiación al exterior, según ha comprendido el maestro, que lo expresa con singular delectación en este bello párrafo que va á seguir! . . . «Era una gracia provocativa

y seductora que no residía precisamente en sus ojos vivos y brillantes, ni en su boca, un poco grande, fresca, de labios rojos, que á cada momento humedecía; ni en sus mejillas tostadas, ni en su nariz levemente remangada; estaba en todo ello, en el conjunto armónico, imposible de definir y analizar, pero que el alma ve y siente admirablemente. Esta armonía, que acaso sea resultado del esfuerzo constante del espíritu sobre el cuerpo, para modelarlo á su imagen, observábase igualmente en todos sus movimientos, en el modo de andar, de emitir la voz, de accionar; pero su última y suprema expresión se hallaba indudablemente en la sonrisa. ¡Qué sonrisa! Un rayo esplendente de sol que iluminaba y transfiguraba su rostro como una apoteosis.»

¿No os tienta la novela con su encantador argumento? ¿No corre ya desatada vuestra imaginación al saber que se trata de una monja? ¿No os ha pasado nunca enamorados de una monja, y más de estas seductoras monjas españolas, cuya vocación reside muchas veces en un desengaño de amor, ó que guardan como un secreto los móviles de su profesión; un secreto que se transparenta á veces en una trémula mirada de sus ojos? . . . No es posible que alguien, con imaginación de poeta y fantasía meridional, no haya estado alguna vez con la mente asediada por las blancas tocas, bajo las cuales se encuadra el gracioso rostro moreno mate. . . . El maestro nos lo dice con sus palabras mansamente irónicas: «Yo tengo un temperamento esencialmente lírico, como he tenido el honor de manifestar, y todos adivinarán fácilmente los estragos que una idea semejante puede hacer en tales temperamentos. No hay joven poeta que no haya soñado alguna vez con enamorarse á una monja y escalar las tapias de su convento en una noche de luna, tenerla entre sus brazos desmayada, bajarla por una escala de seda, montar con ella en brioso corcel, y partir, raudos como un relámpago, á través de los campos, á gozar de su amor en lugar seguro. No sé si este sueño poético está inspirado por el espectáculo del *Don Juan Te-*

norio, ó si nace espontáneamente en los corazones líricos; pero ninguno de ellos me negará que lo ha tenido, y yo el primero.» Y si todo el que tenga la fantasía un poco calenturienta, ha soñado alguna vez con el galanteo de una monja, como aquel que le tocó iniciar á Ceferino Sanjurjo, ¿no se acrecerá este entusiasmo cuando se trata de una monja barbiana? ¿Una monja barbiana! ¿comprendéis lo bello de este adjetivo, genuinamente andaluz? ¿Qué querrá decir una monja barbiana, sino una monja seductora, salada, graciosa, que está á partir un piñón con sus votos y con su regla monacal? Pues sabedlo, para que se centuple vuestro éxtasis: la hermana San Sulpicio era lo que llamaremos una monja barbiana. Bien nos lo hace ver el maestro, cuando nos enseña que en cierta ocasión bailó unas seguidillas y cantó unas peteneras ante su adorador Sanjurjo y su pretendiente por la espalda, el malagueño Daniel Sánchez, junto con el patrón, la madre y la otra hermana. Oid esta copla de intención picaresca:

A mi suegra, de coraje,
le he echao una maldición,
que se le pierda su hijo
y que me lo encuentre yo.

¿No veis aquí á la mujer andaluza, mejor diríamos, á la mujer española, llena de apasionado sentimiento y contenida, sin embargo, en sus expansiones por atavismos de educación semi-arábiga? . . . De donde dimana su duplicado encanto; la esquivez exterior, asistida por la ardencia interior, hacen bien resaltar su contraste. . . . Esta copla desgastada y popular, la hermana San Sulpicio la ha cantado. Convendréis en que estamos ante una monja barbiana. Su prima, Sor María de la Luz, se resiste; la madre Florentina, aunque lo consiente, protesta al fin: sólo permanece serena, y á la vez provocativa esta inquietante criatura que en el siglo se llamó Gloria Bermúdez. Esta otra copla, más sentida, la canta ella también:

La Virgen de la Esperanza,
la que se adora en San Gil,
Cristo de la Expiración!
aquella señora sabe
lo que he llorado por ti. . . .

Este desgarrado lamento de petenera, esa canción que sale de las bocas á fragmentos, cortada, abrupta, interlocúa, como si la garganta estuviese trémula, al igual del espíritu, ¿no os da idea de una gran alma, del alma que anima á la mujer española? . . . ¡Cuántos bajos fondos de ternura y de apasionamientos, ocultos á nuestra mirada, velados por la aparente hostilidad en que nuestra educación coloca á los dos sexos, frente á frente! Pero los dramaturgos de *último grito*, tienen *bello hacer*, como diría un castizo escritor francés, comedias en que se coloque á un componente del matrimonio como *adversario* del otro, dadas nuestra actual educación y nuestras instituciones; lo cierto es que los feministas á ultranza, se verían en un apuro difícil para arreglar la sociedad de una manera que lograrse diferenciara más poéticamente que ahora lo están las relaciones entre los dos sexos.

Volvemos á encontrarnos con la hermana San Sulpicio en Sevilla. Ya aquí, vemos á Ceferino Sanjurjo, *preparando el bloqueo*. Pon fin, un día manda una carta por esa cigarrera Paca, que es otro genuino tipo de mujer andaluza. Al poco tiempo recibe una esquela. *No contenta más que dos renglones*, dice con cierta melancolía el maestro. Pero estos dos renglones constituyen una de las más bellas muestras de cariño que puede dar una linda mujer. Son concisos y trémulos, lacónicos y vibrantes, como todo lo grande. «Sigue usted tan gitanillo como antes. Después que salga del convento hablaremos.» ¿Habéis visto un billete amoroso más ideal y más conmovedor? Esta simple frase: «Sigue usted tan gitanillo como antes. . . .» ¿No os sugiere la idea de vivir esa vida para gustar en un momento dado de ese deleite? Este es el distintivo de toda bella novela realista: cuando se sublima, sus episodios nos inspiran deseos de

vivir otras vidas que no son las nuestras. «Sigue usted tan gitanillo como antes;» ¿no veis aquí, en esta zalamera frase, todo el cariño y el apasionamiento de esta mujer española? Con razón decía un viajero observador, que para novia sólo buscaría una mujer en España ó Italia; para amante, una francesa, y para esposa, una inglesa ó alemana.

El más bello episodio de la novela es, quizás, el que describe la excursión marítimo-campestre, después de la cual Gloria y Sanjurjo se reconcilian de las rencillas surgidas entre ellos por celos que la ex-monjita quiso dar á su adorado con el malagueño Daniel Suárez, en vista de que aquél (creía ella) frecuentaba asiduamente y hasta hacia la corte á una muchacha de las de Anguita. Hay en este capítulo un sinnúmero de bellezas inefables. Tres ó cuatro frases resaltan luminosas. Cuando Isabel inicia la reconciliación, les dice:—Sanjurjo, mi opinión es que debe concluir *eso* que hay entre Gloria y usted. Ustedes se quieren, ¿por qué han de pasar el tiempo en monerías? . . . «¿Pasar el tiempo en monerías! comenta con júbilo el maestro. Declaro que nada me ha parecido, ni antes ni después, tan convincente como esta sencilla proposición.» Nada, añadiremos nosotros, ni la teoría de la gravitación, ni el axioma de que el orden de los factores no altera el producto, ni la hipótesis de que el aire está compuesto de oxígeno y ácido carbónico, tiene tan perfecta é íntegra veracidad y á nada debe prestarse tan rendido asentimiento como á esta sencilla afirmación: que no se debe andar en monerías con una novia á quien se quiere y que nos quiere. . . . Otra delicada frase es la de Gloria, cuando Sanjurjo, viendo que se asusta y echa á correr ante el aluvión de frases «incoherentes, apasionadas, estúpidas,» le pregunta:—Gloria, ¿sigues enfadada conmigo? «Por toda contestación —nos declara el admirado Palacio Valdés,— se llevó el dedo á los labios y exclamó con fingido enojo:—Cargante, ¿no tenías tiempo á decirme esas guasitas cuando estuviéramos solos? . . .» Con un rasgo, el maestro nos da hecha la fisonomía moral de la

mujer española, que, apasionada por temperamento y cohibida por la educación y por las buenas formas, que le ordenan mucho comedimiento en sus palabras y actos, se ve obligada á manifestar su amor hasta con insultos. . . . Y ved después también un atisbo del hondo espíritu de la mujer meridional, que se resiste á mostrar el interior de su alma, no por temor al ridículo, como ocurre en el Norte, sino por temor á la afrenta de una sociedad que exige á la núbi! el mayor recato en la expresión de sus emociones. Cuando, viéndola llorar, Sanjurjo le pregunta el motivo, Gloria, «levantando la frente con los ojos nublados de lágrimas y sonrientes á la vez,» le contesta:—Vete, payaso, vete! No quiero que me veas llorar. . . . Aquí tenéis á la mujer española, separada en sus afectos como en su método de vida del sexo viril, anhelando quizás más por eso su comunicación; aquí la tenéis, en esa mujer apasionada, «sonriendo entre lágrimas,» como la Andrómaca de Homero. Por este fatalismo de nuestra educación femenina, que veda la manifestación violenta de las más hondas emociones anímicas, es por lo que nos produce un efecto casi mágico el episodio del último capítulo, cuando Sanjurjo y Gloria, ya casados, van á visitar á las madres del colegio donde ésta llevó los hábitos. Las buenas monjitas vacilan primero en reconocer á Gloria; y después que acaban por recordar de ella, la miran con el recelo y la desconfianza naturales, en quien ve apartarse á otro del camino que él sigue y que juzga recto. Gloria les dice: «—¿No saben vuestras caridades que me he casado? Las hermanitas soltaron la carcajada. —¡Ay qué hermana! ¡Siempre de tan buen humor! exclamó la superiora.—Si, madre, me he casado hace un mes y tres días, con este buen mozo que ustedes ven delante . . . No tiene más que un defecto —añadió poniéndose triste,— y es que es gallego. . . . Pero no lo parece, ¿verdad? —¡Qué hermana! volvieron á exclamar algunas monjitas —¡Qué gracia tiene! ¡Pues no dice que se ha casado! . . . ¡Lo que no se le ocurre á ella! . . . —¡Qué! ¿No quieren vuestras

caridades creerlo? Las caridades siguieron riendo, arrojándome miradas penetrantes y maliciosas.—¡Pues ahora mismito se van ustedes á convencer! exclamó mi esposa con arranque. Y echándome al mismo tiempo los brazos al cuello, comenzó á darme sonoros besos en la mejilla, diciendo:—Rico mío, ¿no es verdad que eres mi mariito? ¿No es verdad que soy tu mujercita? ¿No es verdad que estamos casados? ¡Dí, corazón! ¡Dí, vidita!» ¿No veis en estos arranques tan andaluces á la misma chiquilla alocada, traviesa y barbiana, que en el colegio inventaba burlas originales para las beatíficas hermanas? Esta travesura, este desparpajo, ¿no son un encanto indiscutible de la mujer española? . . .

Pero es quizás lo más encantador y arrullante de la novela, lo que en el capítulo antes nombrado le dice Gloria á su novio:

—¿Por qué me has hecho sufrir tanto? le pregunta éste.

Y contesta ella sin falsos alardes, modestamente con emoción contenida:

—También yo he sufrido, calla. . . .

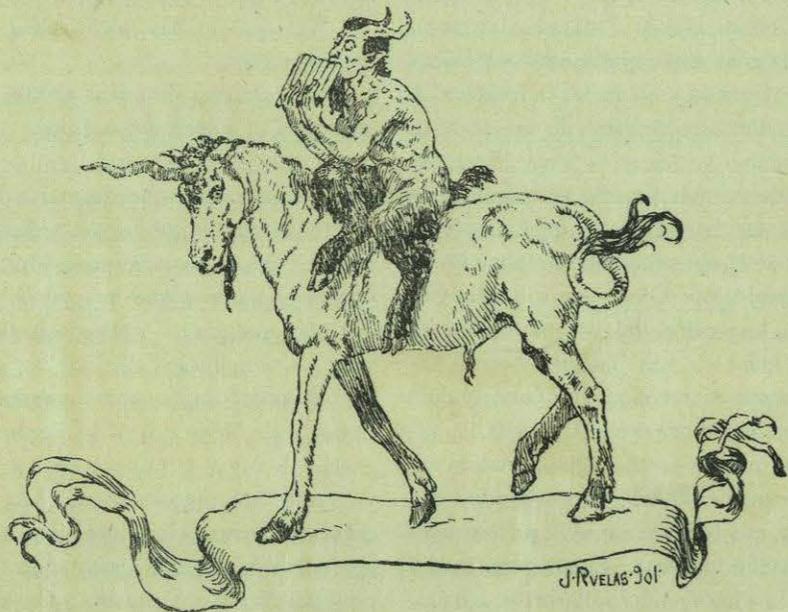
En verdad os digo que este es uno de los más muníficos regalos que la avara vida puede hacernos y una de las más insensadoras y confortantes palabras que nos puede prodigar una boca querida. Vosotros sois ahora, ¡oh amables compañeros de tristezas y de conflictos! unos simplicísimos estudiantes, de Leyes, ó de Medicina, ó de Farmacia, que gustáis de jugar al billar y de ir á los toros y de tener una novia modista. Los hombres graves, sensatos, circunspectos y maduros, aparentan desdeñaros, porque no tenéis representación y por vuestra informalidad: y cuando os ven pasar por las calles, riendo fuertemente, hablando á gritos, acosando á muchachas de vuestra edad, estos hombres terribles, que son ministros, que son diputados, que son autoridades, os miran despectivamente ó no os prestan atención, reclinados en sus landós; sin embargo, una duda interior debe roerles; un recelo diminuto y escociente como un gusanillo, de que vosotros los arrojaréis de esos coches, precipitándolos en el hueco de una fosa helada.

Y en efecto, vosotros seréis quienes habéis de substituir á estos terribles hombres barbados; un día llegará en que seréis como ellos; tendréis coches; gastaréis gabanes de pieles; os habréis creado una familia; hablaréis con ronca voz y yo os aseguro que para entonces vuestro mayor goce no será el día en que aprueben un proyecto de ley que presentasteis en el Congreso, ni cuando os nombren diputados provinciales, ni cuando

os aplaudan un drama, ni cuando os elogien una novela —ó un folleto sobre la legislación de alcoholes;— sino cuando, recordando un día de excursión campestre, un día de juventud y de sol, os vengan á la memoria las palabras memorables que en aquella ocasión pronunció junto á vosotros una muchachita morena:

—Sigue usted tan gitanillo como antes.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.



DE "MANOJO DE RIMAS"

(LIBRO EN PRENSA)

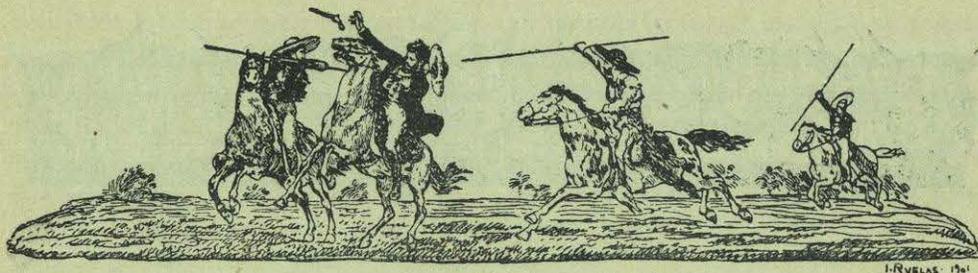
No vuelvas nunca, pálida señora,
á cruzar por la tetra galería
cuando se apaga el resplandor del día
y la campana resonante implora.

Se alzan en la bruma á esa hora
sombras que siguen con tenaz porfía
tus pasos, sin rumor, por la crugía
y una entre ellas que maldice y llora.

No vuelvas más y menos la cabeza
tornes, porque el pavor puede matarte;
no á la sombra, á la luz da tu belleza.

Que en alabastro la recoja el Arte
en simbólico icono de pureza.
yo en obsidiana tallaré mi parte.

JESÚS E. VALENZUELA.



LA PARÁBOLA DEL LEPROSO

Para Amado Nervo.

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizám. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales. Grupos de mujeres, con el ánfora al hombro, regresaban, cantando, de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de la Judea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba sombras movibles sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Bethlehen, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabí de Galilea, tan amigo de los niños, á quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras, á un viejo pastor de las Idu-meas, mordido por una serpiente venenosa. Hablaba de la caridad. Sus ojos ardían como soles entre la sombra oscura de las pestañas.

Sobre su túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban, desmelenados, los cabellos. El viento de la tarde hacía estremecer y ondular sobre el pecho su larga barba de Nazareno, puntiaguda y acaracolada.

—Sé generoso —decía,— pero no humildes al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna, no mandes tocar delante de tí trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.

Su voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían sonrientes á besar las orlas de su manto.

Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban, agitando los brazos.

—¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hossanna al hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hossanna! ¡Hossanna!

Jesús continuaba:

—No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan á sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta los desheredados á la mesa de tu corazón y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar, no intentes consolarlo con prudentes palabras . . . Llorá con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de

oro. Los rebaños sesteaban á las sombras de los olivos polvorientos.

Un pastor tañía un rabel, á compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en mitad del desierto, noches de luna, maná del cielo, leche de camellas, y vírgenes prudentes que encienden sus lámparas para esperar la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor, donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios. De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo trémulo y quejumbroso, entre la hendedura de dos rocas.

En el recodo del camino, al pie de una choza, cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo. Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbe. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos, lividos y purulentos.

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados, y tenía, además, una tienda de perfumes en el atrio del templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda y, desde lejos, volteándola en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pesca-

dores de Capharnaum, quitóse del brazo el cesto de provisiones que llevaba para el camino, y andando cuidadosamente, le colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros. Todo pálido y trémulo, andando con la punta de las sandalias, y extendiendo temerosamente los brazos, le dejó caer sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús. El sol empezaba á trasponer, coronando de rosas sanguineas, las montañas vecinas. Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabí avanzó serenamente. Su perfil aguileño se destacaba majestuoso, nimbado por un rayo de sol.

Cogió entre sus manos sagradas, la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos quedaron inmóviles. Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas con las manos tendidas al cielo. . . . y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos bellos temblaba un hilo de agua. . . .

FRANCISCO VILLAESPESA.

